Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

62 **El Día de la Militancia**



Suplemento especial de
Página|12

ACTUALIZACIÓN, TRASVASAMIENTO, SOCIALISMO NACIONAL

Si bien es cierto que Perón acomoda a su visión ancestral del peronismo los conceptos nuevos que le tiran Solanas y Getino –o que elaboran en colaboración con él–, no lo es menos que toman vida propia en la palabra y la escritura de los militantes. Quiero decir: si Perón dice del socialismo nacional poco o nada que pueda unirlo con algún rigor al socialismo (menos aún al socialismo que la Revolución Cubana, como *acontecimiento* fundante, echa a rodar por América latina), la militancia revolucionaria sabe que el concepto es para ella. *Socialismo nacional* es claramente un socialismo que debe crearse a partir de la lucha de quienes están contra el imperialismo y sus aliados internos. No es el socialismo soviético. Al ser latinoamericano, está cerca del socialismo de Cuba. Al ser tercermundista forma parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Walsh (en *Quién mató a Rosendo*) lo pone en boca de uno de sus personajes: el peronismo es "un movimiento de liberación". Además, la juventud traducía las cosas que largaba el Viejo al lenguaje que requería su militancia. Socialismo nacional podía transformarse sencillamente en "socialismo" sin que nadie se opusiera. De hecho lo expresa la célebre consigna: "Perón, Evita, la patria socialista". Luego, el desengaño la transformará en "Perón *evita* la patria socialista". Aunque, para expresar desengaños, la mejor habrá de ser una que ya se pinta hacia fines del '73: *Volvé Lanusse, te perdonamos*. Era tan divertida como dolorosa. (*Nota:* Porque hay algo que acaso sea el momento de decir: hay gente que se divierte con esta tragedia. Gente para la cual se trató de una comedia entre una generación de jóvenes pelotudos y un viejo hijo de puta, del que esos jóvenes, de puro pelotudos, nunca averiguaron cómo había sido en el pasado. Cierta vez, en la redacción de *Clarín*, me crucé con el notable dibujante Hermenegildo Sábat y le di un ejemplar de mi libro *López Rega, la cara oscura de Perón*. Sería el año '87, fecha en que ese libro se publicó. El libro aborda una serie de cuestiones decididamente trágicas. Ezeiza, la Triple A, López Rega, la muerte de Perón, en fin: todo el descalabro del peronismo a partir del 20 de junio de 1973. Poco después me cruzo de nuevo con Sábat y le pregunto qué le pareció el libro. "Ah, sí –dice–, me divertí muchísimo." "¿Te divertiste?" Me hablaba y sonreía, como alguien que recuerda un buen chiste. "Sí, me reí muchísimo." Me despedí de él y me fui algo turbado, confundido. Caramba, me decía, ese libro cuenta una tragedia. Después me dijeron que Sábat era muy antiperonista. Pero, ¿tanto? También me dijeron que no se lo puede ni debe criticar. Diga lo que diga. Porque es muy talentoso. Caramba, Heidegger fue un genio y muchos perseveran en decir que fue nazi. Pero está bien, acepto. Me alegra haberle hecho pasar un momento divertido al maestro. Me sucedió (no exactamente igual) otras veces. Con un director de cine. Era radical y odiaba al peronismo por algo que el peronismo le había hecho a su viejo. Había sido, en efecto, una injusticia, una afrenta. De todos modos, uno no puede tomar una posición política propia por algo que le pasó a su viejo. Tal vez debiera tener en cuenta (o poner en la balanza para darle un fundamento más serio a su decisión) qué le pasó al resto del país. La cuestión es que –cierta vez– estoy con este cineasta cenando en Chiquilín y hablando del guión sobre un film que íbamos a hacer y no se hizo. De pronto sale el tema de la represión y los desaparecidos. De pronto el tipo dice: "Pobres pibes ésos, ¿no? Morir por boludos. Por Perón. Por no haberse calentado en averiguar que ese hijo de puta era un nazi". Estas cosas son habituales. Y son dolorosas. En la Argentina se muere sin gloria. Son muchos los que piensan que los jóvenes peronistas del '70 fueron unos pelotudos que no sabían nada de Perón. Como saben *ellos*, los que dicen eso. Porque ellos sí saben qué fue Perón. Lo supieron siempre. Fue un facho. En general son radicales los que piensan así. La derecha-derecha no piensa que fueron unos boludos. Al menos, los toman más en serio: fueron el "foco marxista" que denunció en mayo de 1973 el general Sánchez de Bustamante. Hay cosas de las que los radicales no se curarán nunca. Como los peronistas, desde luego. Pero los radicales se creen algo así como los dueños de la democracia y las instituciones y grandes enemigos del fascismo. Que, en la Argentina, es el peronismo. Y esos boludos de los '70 quieren hacer de ese viejo facho un socialista. Qué boludos, ¿no? "Me divertí mucho." Claro: ¿algo puede ser más divertido que la historia de un viejo fascista y de unos jóvenes idiotas que lo siguen como si fuera Lenin? Sólo esto: ¿por qué los mataron entonces? ¿Tan peligrosos son los boludos? ¿Por qué esa masacre? ¿Para qué matar 30.000 boludos en lugar de 30.000 radicales piolas enemigos del fascismo? Pero es así: en la Argentina se muere sin gloria. El líder que esos jóvenes levantaban *–al margen de lo que antes hubiera sido–* era un anciano rodeado de un círculo siniestro. La Conducción "revolucionaria" a la que muchos adherían era lamentable, demencial, los mandó a morir bajo estrategias y tácticas terriblemente equivocadas, sólo posibles por un iluminismo inhumano, por un desdén inmenso por la vida de sus militantes. Cuando uno mira la foto en que Salvador Allende se prepara a vender cara su vida, a defender su causa hasta el fin, en La Moneda, al frente de los pocos que ya quedan a su lado, el respeto lo invade, la envidia también. ¡Qué digno ha de haber sido luchar y hasta morir con un hombre como ése! Los pibes de Malvinas, lo mismo. Fueron a una guerra que no entendían. Los maltrataron, los estaquearon sus propios jefes. Los ingleses los cazaron como a liebres. Al volver, *no los esperaba nadie*. Hoy, ya son tantos los que se han suicidado desde entonces como los que murieron en las islas. Se muere sin gloria en la Argentina. Para colmo, después vienen los lúcidos, los que se las saben todas, y a los que murieron les dicen boludos, ingenuos, o se callan, o se ríen.) Seguimos: si el socialismo nacional se leía como la lucha por la toma del poder era claro que la consigna había sido radicalizada. *En ningún momento de "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder" Perón habla de quitarle el poder a la burguesía*. De establecer un gobierno basado en la clase obrera. De llevar a los obreros a la toma del poder. El socialismo se inventó para eso. Para que la clase obrera dejara de ser la clase explotada por el capitalista y se adueñara del poder. Para eso era necesaria una dictadura y un férreo control del Estado y el Partido, que expresaban los intereses de los obreros revolucionarios. Se podía hacer ahora o paulatinamente pero –por más nacional que sea– el socialismo no puede prescindir de un decisivo traslado del poder desde las clases dominantes hacia las dominadas. Pero no por eso dejaba de recibirse con beneplácito un concepto como el de "socialismo nacional". Al cabo, el Viejo tiene que decir "eso" para no asustar tanto. Una vez con la manija en la mano la historia va a ser otra. El *trasvasamiento generacional* se complementaba con el socialismo. Como muchas veces dijo Perón "no era tirar todos los días un viejo por la ventana", pero una aceptación de un evolucionismo biológico necesario. Los jóvenes debían reemplazar a los viejos. Con lo cual Perón les decía a los militantes que –poco a poco o no tanto– el Movimiento quedaría en sus manos. Son los jóvenes los que tienen que realizar el socialismo, a secas o nacional. Todo era parte de un juego de "dar manija". Era el momento del "ala dura". Había que golpear a los milicos. Y Perón sabía que eso no lo iban a hacer los sindicatos. Ni los políticos. Los sindicatos tenían que cuidar lo suyo y no podían arriesgarse en una lucha incierta. Desde Onganía que venían negociando con esta llamada "Revolución Argentina" y lo *seguirían haciendo siempre que fuera necesario*. Para jugar a la rebeldía estaba la CGT de Ongaro, que todo el tiempo hablaba de los "traidores". Los sindicatos eran factores de poder. Tenían que asegurarles muchas cosas a los obreros y no era cuestión de perderlas si a Perón se le ocurría no volver porque sí nomás o porque estiró la pata, cosa que todos siempre tenían muy en cuenta. Del *trasvasamiento generacional* se pasaba a la *actualización doctrinaria*. Era otra bandera que el Viejo les daba a los jóvenes. Claro que sí, ¡hay que actualizar la doctrina! Los nuevos tiempos lo exigen. El mundo ha cambiado. Todos sabemos que marcha hacia el socialismo. ¿Cómo nos vamos a quedar en las 20 verdades? Eso era para la década del '40. Estuvo perfecto pero quedó atrás. Ahora, actualizar la doctrina. Que era un trámite muy sencillo. Era pasar del peronismo distributivo y nacional y popular de los '40 y los '50 al peronismo de hoy, el peronismo tercermundista, el peronismo que requiere la América latina de la Revolución Cubana. Todo estaba claro. Todo armonizaba. Todo era para la "juventud maravillosa". *Trasvasamiento generacional:* los jóvenes son la vanguardia. *Actualización doctrinaria:* al ser los jóvenes –precisamente– la vanguardia del Movimiento hay que actualizar la doctrina, *aggiornarla*. Una doctrina joven para una generación joven. *Socialismo nacional:* es el resultado del encadenamiento conceptual. Si los jóvenes (*trasvasamiento*) actualizan la doctrina (*actualización doctrinaria*) inevitablemente lo harán llevando la doctrina peronista al socialismo (*socialismo nacional*).

"SI LA JUVENTUD NO SALVA ESTO, NO LO SALVA NADIE"

A un par de meses de las elecciones del 11 de marzo del '73, Perón dará un reportaje incendiario a *Mayoría*, periódico que había sido casi fundado para la campaña electoral y que dirigía Marcelo Sánchez Sorondo. El momento es así: las elecciones no están aseguradas, Perón quiere golpear al gobierno de Lanusse, irritarlo. Adelanta, entonces, sus piezas duras. Nunca, como en este reportaje, le dio toda la manija a la juventud. "O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil", decía Perón. Y aclaraba que una guerra civil "es lo peor que puede pasar, pero también suele ser el único y último remedio". No se puede amenazar con una guerra civil y no adelantar las tropas más temidas por el enemigo. Perón, además, sabe que se está por largar la campaña electoral y sabe también que quienes realmente la harán serán los jóvenes. De modo que todo el peso de la tarea lo pone ahí: "O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no se lo va a arreglar nadie". No dice: "No lo arregla nadie". Dice: "No se lo va a arreglar nadie". Que significa: "Esto hay que arreglarlo para ustedes. Y son ustedes quienes lo tienen que arreglar". Luego es todavía más claro: *"Los viejos no van a arreglar esto; los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...) Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie"* (*Mayoría*, 11 de enero de 1973, las cursivas nos pertenecen). Cinco meses después, en junio de ese año, la juventud pasará a ser la "juventud cuestionada" y los peronistas tienen que volver a la conducción del movimiento y "somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". "Usted es uno de los tantos otarios que andan por ahí, mi amigo", diría el general. Es un giro muy lindo que usa en *Conducción política*: "La otra vez vino a verme un otario. Uno de los tantos otarios que andan por ahí". Creemos que nos diría eso. Y también: "¿Qué pretende? Yo digo lo que hay que decir en el momento que hay que decirlo. Cuando le tiré a Lanusse con 'los muchachos' por la cabeza necesitaba presionarlo. Y a fondo. Usted sabe que en enero de 1973 decir 'los muchachos' era más que decir sencillamente 'la juventud'. 'Los muchachos' se les decía a los de las *formaciones especiales*. Había que golpear y lo hice. Conseguí resultados inmediatos. ¡Otra vez los imbéciles me prohibieron! El Comité Federal de Radiodifusión prohibió que se propagara mi palabra por cualquier medio: radio, televisión, gráfico. En la otra situación que usted menciona ¡el país había cambiado por completo! Éramos gobierno y teníamos que ordenar la patria. Un país no se ordena con los duros. Hay que negociar, hay que hablar, hay que unir. 'Los muchachos' no servían para eso. Si el ataque frontal terminó usted retrocede esa pieza. Y avanza otras. 'Los muchachos' no supieron entenderlo. Y eso que yo lo dije claro: ni apresurados ni retardatarios. Todo en su medida y armoniosamente". El

reportaje de *Mayoría* sacudió al país. Lanusse aprovechó para –según creía– asustar a la gente: "Van a gobernar Perón y la Juventud Peronista". O sea, un viejo y la subversión. Pero no asustó a nadie. El país estaba con el peronismo y la clase media amaba a la juventud. Todos los jóvenes se metían en la Jotapé. Los otros partidos perdían afiliados a patadas. La historia iba por otro lado. Ser joven era ser Jotapé. Un tipo que conozco –que deambula entre la política, los medios, los libros, sin cerrar nunca en nada pero siempre entretenido–, sin preocuparse por su homofobia, suele decir: "Hoy, si un hijo te sale rebelde se te hace puto. En los '70 se te hacía montonero". Cierto o no, la juventud peronista era un imán. Parecía incontenible. Su propio entusiasmo la hacía ser vista así. ¿Dónde está el fervor, el fuego, el compromiso, lo nuevo, el riesgo? Estaba en la Jotapé. En el '73 yo vivía en un lindo departamento de la calle Virrey Loreto. Cierta noche, en una reunión del Consejo de Redacción de *Envido*, oímos unos cánticos atronadores. Salimos al balcón. Sería enero o febrero del '73. La campaña electoral. La noche era cálida, con brisa, con luna, con todo. No sabíamos de dónde, pero de algún lado nos llegaba un coro enorme de voces de muchachos y de chicas que cantaban las estrofas Jotapé de la marcha peronista: "Ayer fue la Resistencia/ Hoy Montoneros y FAR/ Y mañana el pueblo entero/ en la lucha popular". ¿Quién iba a detener eso? ¿Quién podía negarse al deseo de ser parte de esa fiesta? "Si Perón y Evita, en los cincuenta, hubieran tenido este respaldo masivo de la juventud no los paraba nadie", me comentó acaso esa misma noche una socióloga brillante, una mujer de una inteligencia privilegiada. Puedo jurar, sin duda alguna, que era diez veces más inteligente que el cineasta que me dijo: "Murieron por boludos". O por no saber que el Viejo había sido y era nazi. Ella sabía de sobra quién había sido el Viejo. *Pero lo que estaba pasando iba más allá de eso. No importaba qué era o no era el Viejo. El fervor revolucionario de toda una generación de jóvenes, un fervor que encontraba su cohesión en torno del peronismo, que el peronismo y el líder prohibido, y las masas postergadas, y la torpeza de la Argentina gorila, conservadora, reaccionaria y macartista, habían nucleado, habían dado forma de rebeldía, habían transformado en descontento revolucionario, en ambición de una sociedad más justa, esto era lo que importaba*. Cuando se les reprocha a los jóvenes del '70 no haber averiguado si Perón era o no nazi (un reproche que hasta una mujer inteligente como Alicia Dujovne Ortiz hace en su libro sobre Eva Perón) es porque se desconoce la interioridad del fenómeno. La juventud se sentía protagonista. Sentía que era parte de la historia y hasta que la estaba haciendo. Se burlaba de la bronca de sus viejos. De sus consejos llenos de sabiduría gorilona sobre "lo que de verdad fue el peronismo y vos no sabés porque sos muy joven". Ni les importaba saberlo. O tenían mejores lugares donde averiguarlo. La plenitud estaba ahí. Era irresistible. Había que ser parte de ella. De aquí que mi amiga socióloga estuviera metida en eso. No por boluda, sino por buscar los caminos de la vitalidad histórica. Sí, todo se fue a la mierda. Pero, *¿hay algo que no se haya ido a la mierda en este país?* ¿Hay algo que no se haya ido a la mierda en el mundo? Sí, mi amiga está muerta. Nunca estuvo en la guerrilla, pero dio clases en la Universidad del Sur, en Bahía Blanca, y los matarifes del general Vilas la mataron. Habrá sido porque le descubrieron uno o dos libros de Marx en la bibliografía de la materia que dictaba. Sí, el cineasta que dice que todos fueron "unos boludos" está vivo. ¿Saben algo? Es un viejo boludo. No hizo una buena en su vida. Hará una o dos películas malas todavía. En medio del resentimiento y la amargura porque –para colmo– lo agarró esta ola de directores-autores-jóvenes-geniales. Que se joda. Y después de esas dos películas se va a morir. Como vivió: como un boludo. Pero zafó de todas. No se metió en ninguna. Tal vez, un poco, en la más obvia: el alfonsinismo del '84. Pasó por la vida sin dejar la más mínima huella. Tampoco la vida trazó en él una marca. Pero era un piola bárbaro. Se las sabía todas. No como esos boludos que se hicieron matar por nada. Como mi amiga socióloga: ¡morir por meter dos libros de Marx en la bibliografía! A quién se le ocurre. Y algo más: la matanza fue tan descontrolada, la sed de venganza tan impiadosa, tan enorme la necesidad del "castigo ejemplar", tan deliberado el plan de introyectar el terror en la sociedad para dominarla durante décadas, tan asesinas las bandas que ejercieron la represión, que miles, miles de jóvenes y obreros y profesionales e intelectuales *murieron por nada*. Porque no habían hecho *nada*. Nada como para morir. Nada para morir, además, como murieron. Porque no debieron haber muerto. Murieron víctimas de un delirio represivo, de una matanza paranoica, de una locura de muerte y de crueldad que se desató desde el poder. Entre los aterrados que permanecían en el país, o porque aún no se habían exiliado, o porque no podían hacerlo o porque no querían, solían hacerse cautelosas reuniones para evaluar la seguridad. Nunca se llegaba a ninguna conclusión. Sólo a una: se mataba a mansalva. La frase que se decía era: "A cualquiera por cualquier cosa". Nadie esperaba algo así. Ninguna juventud pagó más caras sus rebeldías. Si aceptamos eso que se dice, que siempre se paga un precio por los pecados de juventud, el precio que pagaron los jóvenes del '70 fue –cuanto menos– demasiado alto. Seguramente pecaron demasiado, se excedieron en sus pecados. Pecaron, antes que como jóvenes, como sujetos, como protagonistas de un cambio histórico, revolucionario. Y eso, los padres terribles de este país de orden lo castigaron hasta más allá del horror.

"SÁNCHEZ, SALLUSTRO, AL PUEBLO LE DA GUSTO"

Con el empuje de las palabras fuertes del Viejo en *Mayoría*, Galimberti se anima a una declaración que, sin duda, estaba destinada a herir a los otros sectores del Movimiento: "La Juventud Peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento". Fue el momento de mayor romance entre el Viejo y la juventud: la campaña electoral de febrero de 1973. Fue un febrero inolvidable: todos eran jóvenes y el futuro esperaba por ellos, los requería. Había que ganar las elecciones, ocupar el gobierno y empezar la revolución. José María Rosa –que tenía asegurado el Ministerio de Educación y que, desde luego, no lo tuvo– decía exultante: "Apenas asuma mandamos un barco a Southampton y lo traemos al Restaurador". Cada uno imaginaba su mejor futuro. Cada uno imaginaba lo que no habría de tener. Lo "mejor" –en la Argentina de comienzos del '73– no pertenecía al futuro. Estaba en el presente. Y no volvería a estar en ninguna otra parte.

El año '72 se define por la pulseada entre Perón y Lanusse. Cierto es que poner dos nombres fuertes para encerrar una época tan sobredeterminada la empobrece. Estaban llenos de sujetos actuantes esos meses. Había un exceso de historicidad. Todos sentían *el peso de la coyuntura*. ¿Cómo podría definirse esto? No hay quien no conozca esa sensación. Sobre todo en un país tan agitado como la Argentina. Es levantarse cada mañana y sentir que ese día no va a terminar sin que pase algo inesperado. Un hecho o muchos. Sentir que todas las fraguas desbordan fuego. Sentir, también, que todo lo desborda a uno. Que miles de cosas



–que pueden afectarlo seriamente– están fuera de su alcance o de su conocimiento. Y del de todos. Que hay demasiados sujetos. Demasiadas praxis diferenciadas. El 10 de abril de ese 1972 volvía al hotel, en Córdoba, cansado, con mi attaché (que me había sacado un callo en la palma de la mano y provocaba las cargadas de mi hermano y socio: "¡Al fin sos un trabajador!") y miro, como siempre, los diarios y las revistas de los kioscos. Leo: "Fueron asesinados el general Sánchez y el empresario Sallustro". No me alegraban para nada esas noticias. O pensaba: "Los milicos no negocian más y salen a meter bala por todo el país". O que se venía una guerra civil y que todas nuestras discusiones sobre la movilización y la organización popular, sobre la política de masas, sobre el *entrismo* en el movimiento peronista para trabajar desde adentro, desde las convicciones reales de la clase obrera, se iban al diablo. Habían sido por completo inútiles.

La tapa de *Gente* era catastrófica. Los títulos gigantescos del diario *Córdoba* aterraban. Nadie decía nada. Los de los kioscos voceaban las noticias. En un mismo día. Por qué. Oberdan Guillermo Sallustro fue secuestrado por el ERP el 21 de marzo. Era el gerente general de Fiat Concord. "El capo de la Fiat." Casi nada. Lo tenían en cautiverio y negociaban. Ese 10 de abril la policía encuentra el lugar en que lo guardan. Hay un tiroteo infernal. Hay, también, dos versiones. Una: los del ERP, al huir del lugar, le pegan un tiro a Sallustro para que no lo recuperen vivo. Otra: son tantos los balazos que arroja la policía que son ellos mismos los que matan a Sallustro. Días antes, el segundo de Sallustro, el que lo sucede en la conducción de la Fiat, les habla a los del ERP en medio de un reportaje que le hace la televisión. El hombre sorprende porque era un reportaje a él. Y de pronto empieza a hablarles a los secuestradores. "Si ustedes luchan contra el fascismo –dice–, tienen que saber que Oberdan Sallustro y yo también lo hicimos. Fuimos *partisanos*. Luchamos para echar a los nazis de Italia." Inútil esfuerzo. Cualquier militante del ERP le habría dicho: "Sí, pero ahora son dos capitalistas de mierda que se afanan la guita de nuestro país". Boleta. En cuanto a Sánchez no cabe duda de que el hombre no habrá sido un custodio de los derechos humanos. Era el comandante del Segundo Cuerpo de Ejército en Rosario. Se lo había visto un par de veces por la TV haciendo declaraciones durísimas. Ese hombre estaba lleno de odio. Se lo acusaba de dar autorización a torturas de presos políticos o de participar en ellas. Pero responderle borrándolo del mapa era llevarlo todo al terreno de las armas. Echaba a perder el trabajo de base porque siempre había represalias. Cierta vez, Miguel Hurst, en una reunión, comenta: "Ayer, en la Unidad Básica de Palermo, bien de noche, unos tipos trataron de levantar la cortina metálica y entrar. Qué macana". "¿Por qué? –dijo otro–, tenemos que estar preparados. Contestar". "Sí –le dijo Miguel–, pero eso es la guerra y nosotros estamos con el laburo de base. En la guerra las bases se retraen. Y el peronismo siempre fue un movimiento de masas. No un ejército." Esto no tenían por qué compartirlo los del ERP. Y no lo compartían. Ellos no hacían trabajo de base. Tenían cierta estructura de superficie, pero la militancia barrial, sindical, universitaria, etc., no era lo de ellos. De aquí que fuera una paradoja que se llamaran a sí mismos Ejército Revolucionario del Pueblo. ¿De qué pueblo? Respuesta: una vanguardia armada, una estructura militarista actúa por afuera del pueblo. Insertarse en el pueblo es lo propio del populismo. Eso lo hacen los Montoneros con el peronismo. Porque son populistas. Nacionalistas burgueses. ¡Cómo usaban esto los del ERP y la izquierda antiperonista en general! En muchas unidades básicas de la Jotapé se planteaba la cuestión una y otra vez: "Vino un tipo de la izquierda y nos dijo que el peronismo no era revolucionario. Que era un movimiento nacionalista burgués. Nadie supo qué decirle". Hasta una vez me lo dijo un pibe salteño, fuera de la ciudad, preocupado, casi angustiado, sin saber qué respuesta tenía eso. ¡Si los habremos puteado! Se metían entre los militantes y les decían un par de estas frasecitas y casi los arruinaban o los llenaban de amargura. "Nacionalismo burgués." "Conciliación de clases." "Bonapartismo." "Populismo de transclase." "Populismo demagógico y manipulador." "Heteronomía de la conciencia obrera." Todo esto eran capaces de decírselo a unos pibes salteños para llenarles la cabeza de confusiones y escupirles el asado.

Lanusse le pide a Perón que condene los asesinatos de Sánchez y Sallustro. Se lo pide, en Madrid, el embajador Rojas Silveyra. Perón, ni loco. "Los muchachos que sigan dando." Esto, luego, se le volverá en contra. Al menos mucha gente se lo echará en cara. Es cuando tenga sus enfrentamienmtos con las guerrillas: "¡Ah, él les dio alas, ahora que no se queje! Los hubiera parado antes". ¿Podía Perón desautorizar a las guerrillas, aun a la del ERP? Difícil. Era muy probable que el temible general Sánchez fuera un torturador de presos políticos. Los abogados de esos presos habían hecho las correspondientes denuncias y Lanusse no podía alegar desconocerlas. ¿Por qué no lo destituyó en un acto claro, ejemplar? Lanusse estaba al frente del país. No podía presentarse como víctima de cosas atroces que hacían los otros. Sánchez torturaba y los marinos de Trelew cometían una masacre. Perón podría haberle dicho: *¿Por qué no condena usted lo de Trelew? ¿Por qué no releva a los marinos de la base Aalmirante Zar? ¿Por qué no pone preso al capitán Sosa?* Así que Perón no condena lo de Sánchez ni lo de Sallustro. Están dentro de su ajedrez. Se sabe: "los muchachos" golpean duro. Aunque en este caso los muchachos hayan sido los del ERP, que no reconocían ni locos ser sus muchachos. Sin embargo, *era Perón el que capitalizaba sus acciones*. Era Perón el que se presentaba ante el régimen como la garantía para frenar a la guerrilla. "A la violencia se la combate con la justicia social", había dicho con mucho tino. Pero esto significaba algo evidente: *A la violencia se la frena conmigo*. Él era la justicia social. De esta forma, cada acto de los "troskos" antiperonistas del ERP jugaba *objetivamente* a favor del esquema de Perón. *Lo fortalecía*. "Denle duro, muchachos. El que recoge las fichas soy yo." La alternativa del ERP era terrible: o suspender las acciones armadas o servir al ajedrez de Perón, ser funcionales a él. Difícil que esto se le haya escapado a Santucho, pero es evidente que decidió pagar ese costo. No tenía otra.

Perón no podía desautorizar a las formaciones especiales. ¿Cómo habría de hacerlo si los militantes de la Jotapé quedaban deslumbrados por sus acciones? Eran tiempos de violencia. La lucha armada tenía –sobre todo a través del Che– un aura romántica. La estética del fusil. Después de las muertes del general Sánchez y de Oberdan Sallustro, en los actos masivos de la juventud se canta una consigna abiertamente dura. Sobre todo se la canta en el de la Federación de Box, del 9 de junio, fecha recordatoria de los asesinatos de José León Suárez. La consigna es: "*Sánchez, Sallustro, al pueblo le da gusto"*. Y hay otra (en la que se toma al teniente Azúa, también liquidado durante ese año): *"Sánchez, Azúa, la lucha continúa"*. ¿Cómo iba Perón a desautorizar a las formaciones especiales si le informaban que entre ocho y diez mil jóvenes habían voceado esa consigna en la Federación de Box?

HERNÁN BENÍTEZ: "PERÓN NO DEBE CONDENAR A LA GUERRILLA"

Durante esos días los de *Envido* nos reunimos con el padre Hernán Benítez. Había sido el confesor de Eva Perón. El que ofició la última misa por su recuperación... junto a Virgilio Filippo, el que escribía los libelos paranoicos contra la hidra del comunismo internacional. Benítez dijo una hermosa oración en el sepelio de Fernando Abal Medina. Estaba jugado a favor de la juventud. Era ya un hombre viejo pero tenía una energía espléndida: "Va a hacer muy mal Perón si condena a la guerrilla", nos dijo claramente. "Esos muchachos son lo más puro que tenemos y los que más luchan por el pueblo." En el sepelio de Fernando Abal su enfoque había sido ajustado y sensible: un país que había acorralado a su pueblo, que lo había perseguido, hambreado, no había hecho sino conseguir la rebelión de sus mejores hijos. Eran los hijos de los gorilas del '55. "Estos jóvenes (dice en un testimonio que recoge Norberto Galasso) sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un quince por ciento posea más bienes que el ochenta y cinco por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación (...) Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo Y *reaccionan en contra de las pestes oídas contra él* (...) Esos jóvenes presenciaron el regocijo exultante de la oligarquía en el festín de sangre de junio del '56" (Galasso, *Ibid.*, p. 1110, tomo II). Era un viejo apasionado, un cura hermoso. Se ven pocos de ésos. Hoy, casi ninguno. Pero hoy –para qué negarlo– de todo lo bueno se ve poco. Entre tantas cosas que ya no hay no hay un cura como Hernán Benítez. De pronto nos dice: "Leo mucho a Rodolfo Puiggrós. ¿Lo leen ustedes?" Le decimos que sí, que por supuesto. Admirativo, dice: "¡Qué hombre ése!, ¿no? ¡La chorrera de libros que ha escrito!" Esa frase de Benítez me marcó. ¿No es hermoso que se le agradezca a un escritor haber escrito una "chorrera" de libros? ¿Qué se quiere decir con eso? Lo que Benítez le reconocía a Puiggrós: que el tipo había sido generoso con sus lectores, que se había arriesgado, que algunos de sus tantos libros serían mejores que otros, que algunos serían mediocres y otros decididamente formidables o malos o apenas buenos, pero que el tipo seguía dándole a su oficio de escritor. Oficio que consiste, precisamente, en eso: *en escribir*. Además, era fantástico que un cura admirara a un escritor marxista. Era un símbolo de los tiempos. Aún no hemos hablado del diálogo entre marxistas y católicos. Pero habrá que hacerlo. Fue importante. De ahí salen los Sacerdotes del Tercer Mundo. Y nosotros tuvimos en *Envido* a uno excepcional: Domingo Bresci. Al que quiero y admiro desde el día en que lo conocí. Nadie me pareció más cercano a la santidad que él, que Domingo. Durante la dictadura, la revista *Para Ti*, de Editorial Atlántida, *lo denunció con nombre y apellido*. Aquí, en esta parroquia, da misa un cura subversivo. Ya hablaremos de Domingo. Se puede consultar el libro de Lucas Lanusse: *Cristo revolucionario, la Iglesia militante*, Vergara, Buenos Aires, 2007. Hay un largo capítulo dedicado a Domingo.

Ya estamos cerca del 17 de noviembre de 1972, el *Día de la Militancia*. El del primer regreso de Perón, que fue muy lindo, no como el otro, el de la espantosa memoria. Antes habrá que analizar el discurso de Lanusse en el Colegio Militar, el 27 de julio, ante mil uniformados. De donde saldrá la frase sarcástica: "Los mil afiliados del Partido Militar". El acto en Nueva Chicago y el espectacular discurso de Rodolfo Ortega Peña. Y luego, el primer regreso del Viejo.

"José." "Qué hacés, Miguel." "¿Sos boludo o te hacés?" "No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar." "Oíme." "Sí." "Vuelve Perón, flaco."

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

–En ninguna parte –dice–. Vos andá a buscarlo a Domingo. Está en su parroquia con cuatro curas más. Después nos buscan a nosotros.

Me dio una dirección. Me metí en el Renault 12 y fui en busca de Domingo Bresci y los otros curas del Tercer Mundo. Creo que no fuimos muy heroicos ese 17 de noviembre. Al menos –cuando me llamó a la noche– Miguel me recontraputeó. Creo que no es por Domingo ni por mí ni por los otros cuatro curitas del Tercer Mundo que le dicen el Día de la Militancia. Pero la pasamos muy bien.

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

"Buenos días, General, su custodia personal"